

# Violencia y contaminación

Lilia América Albert

Artículo publicado en La Jornada Veracruz, el 22 de agosto de 2011  
[http://www.jornadaveracruz.com.mx/Noticia.aspx?ID=110822\\_121919\\_168](http://www.jornadaveracruz.com.mx/Noticia.aspx?ID=110822_121919_168)

La matanza que hicieron hace pocos años dos jóvenes en la escuela Columbine, de Littleton, cerca de Denver, conmovió a la opinión pública e hizo que miles de expertos, padres de familia y funcionarios se preguntaran cómo algo tan violento podía haber sucedido en un lugar tan tranquilo. Rápidamente se propusieron los culpables de costumbre: las películas, la música, Internet, los amigos, los padres... Proliferaron las preguntas: ¿están los padres cumpliendo con sus responsabilidades? ¿la televisión, con sus programas violentos desorienta a la juventud? ¿el fácil acceso a las armas propicia que los jóvenes hagan realidad sus fantasías destructivas?

Sin embargo, Roger Masters, investigador emérito de la Universidad de Dartmouth, quien estudiaba la relación entre conducta, violencia y contaminación, propuso algo distinto. Afirmó que los metales tóxicos y otros contaminantes que llegan al cerebro pueden causar que los afectados cometan violaciones, robos y matanzas colectivas como la de Littleton.

Masters inició sus estudios tratando de explicar por qué, en Estados Unidos, los crímenes violentos en poblaciones de características similares variaban entre 100 y 3 mil crímenes por cada 100 mil habitantes. No encontró correlación entre esas variaciones y factores como marginalidad, desempleo, nivel escolar, alcoholismo, etcétera, a los que usualmente se atribuye la violencia y demostró que, por sí solas, las teorías sobre una causa social del crimen no permitían explicar esas variaciones. Conociendo el efecto sobre el sistema nervioso de algunos contaminantes muy usados en la industria, como plomo y manganeso, postuló que su presencia simultánea inhibe la capacidad del cerebro para bloquear las respuestas violentas de los individuos.

Al evaluar su hipótesis, encontró que en algunas zonas de Estados Unidos en las que las emisiones de plomo y manganeso eran altas, las tasas de crimen violento eran hasta tres veces mayores que en zonas similares desde el punto de vista social, pero sin esa contaminación y propuso que la interacción de esos metales con la bioquímica del cerebro, más el efecto de algunos factores socioeconómicos, puede causar que muchos individuos estén en riesgo de intoxicación sin síntomas físicos, la cual se manifestaría como una pérdida de control sobre los impulsos y un aumento del crimen violento, como resultado de la reducción de la barrera mental que existe, por ejemplo, entre pensar en matar a una persona y matarla. Concluyó que la concentración ambiental de estos metales permite predecir la criminalidad de una zona con bastante aproximación.

En el caso de Littleton, Masters obtuvo datos sobre la comunidad que le permitieron postular que el sistema nervioso de quienes realizaron la matanza había sido afectado de manera irreversible por la exposición a largo plazo a sustancias tóxicas.

Aunque los periódicos describieron a Littleton como una comunidad suburbana casi bucólica, sin cerraduras en las casas, cerca de arroyos, prados con flores y campos de golf, omitieron que muy

cerca había una base aérea con un tiradero de desechos peligrosos de características tan graves que la EPA había ordenado que se remediara masivamente. Tampoco mencionaron que cerca de la escuela Columbine estaba una planta del fabricante de aviones y cohetes Lockheed Martin, en donde se usaban varias sustancias tóxicas que habían contaminado los mantos freáticos que pasaban abajo de la planta local de tratamiento de aguas, la cual había distribuido agua contaminada a cerca de un millón de residentes en los alrededores de Denver por lo menos desde 1957 hasta que cerró en 1985. En ese año, los jóvenes que realizaron la matanza de Littleton tenían cinco años.

Por la importancia política de la fuerza aérea y la económica de la Lockheed Martin lograron que el impacto negativo de sus actividades se reclasificara y no se evaluó el efecto adverso que éstas pueden haber tenido en los residentes de la zona, en especial, los niños.

Masters no afirma que la contaminación sea la causa única de la violencia creciente en algunas ciudades de Estados Unidos, pero sostiene que es un factor que no está suficientemente estudiado, cuya importancia se ignora y que se omite en las medidas para el control de la violencia.

Ante la posibilidad de que esta hipótesis sea correcta se pueden hacer varias conclusiones, entre ellas, que tratar de controlar la criminalidad a base de mayor represión y mejores cárceles puede, cuando mucho, desestimular temporalmente a algunos agresores, pero no lograr un cambio real. Además, estudios como éste nos deberían hacer reflexionar seriamente –y, desde luego, a las autoridades– sobre los riesgos de dejar que las fábricas trabajen sin controles y que sus desechos peligrosos se acumulen en lugares inadecuados, como ocurre en muchos sitios de nuestro país.

En México no existen posibilidades de evaluar la hipótesis de Masters en el contexto local pues no hay suficientes toxicólogos o laboratorios especializados ni se puede soñar con que el Conacyt financie este tipo de estudios. En cambio, la presencia en nuestro ambiente de contaminantes como plomo y manganeso es una realidad que ni siquiera la falta de estudios suficientes, adecuados y recientes puede disimular.

Hablando de Veracruz, quizá los científicos sociales del estado pudieran interesarse en saber qué pasa con la violencia y el crimen en sitios reconocidamente contaminados con estos metales como Coatzacoalcos, Minatitlán, Jáltipan, Nanchital y, en general, los afectados por las industrias petroquímica y química básica.

Quizá los resultados lograrían despertar el interés de las autoridades y motivarlas a poner remedio a la grave contaminación de esos sitios, lo que hasta ahora no han logrado las reiteradas denuncias ciudadanas que las autoridades comúnmente prefieren ignorar.